BOLETÍN

—DE LA—

SOCIEDAD GEOGRAFICA SUCRE

Revista mensual de Historia, Geografía y Estadística

Número Extraordinario—Sucre, agosto 1924

Homenaje

—AL—

Centenario de la Batalla de Junín
y al
99°. aniversario de la Fundación de la República.

Director: RICARDO MUJÍA

SUMARIO

SUCRE—BOLIVIA

Imp. «Bolívar».—Arenales 33.—Dalence 112.

NÓMINA

DE LOS

Miembros de la "Sociedad Geográfica Sucre"

HONORARIOS.

Arce, Carlos
Caballero, Luís
Cuadros, José M.
Carranza, Adolfo
Carducci Feisesr Víctor
Ipiña, Luís
Linares, José María
Ortiz, Nicolás
Pinkas, Julio
Paravicini, José
Poirier, Eduardo
Sánchez, Plácido
Terán, Ignacio
Uhle, Máximo
Urriolagoitia, Mamerto
Urioste, Atanasio de
Worns, René

CORRESPONSALES.

Blancas, Alberto
Buitrago, Eduardo
Benavides, Emilio
Carranza, Arturo
D'Arlach, Tomás O'Conor
Echeverría y Reyes, Aníbal
Grillo, Max,
Hollberg, Eduardo
Laguna, Adolfo
Lesoni, Tito
Loza, León M.
Martínez, José H.
Medina M., Arturo
Moscoso, Poleandro
Molina, Plácido
Orbegoso, Luis N.
Ostria Gutiérrez, Alberto
Paz, Román
Ponsnansky, Arturo
Porter, Carlos E.
Paz, Carlos
Romero, Fanor G.
Solares, Rodolfo
Trigo Navajas, Víctor
Ugarte, Rafael de
Urquidi, Enrique
Vaudei, Juan B.
Van Swae, Aquiles

BOLETIN

—DE LA—

SOCIEDAD GEOGRÁFICA SUCRE

Número Extraordinario—Sucre, agosto 1924

Homenaje

—AL—

Primer centenario de la batalla de Junín.

6 de agosto de 1824—6 de agosto de 1924.

Sesión pública de la Sociedad Geográfica "Sucre"

Discurso inaugural del Dr. José María Lináres.

Presidente Honorario de la Institución

Señoras:

Caballeros:

La Sociedad Geogràfica «Sucre» a cuya implantación contribuí y a la que alenté con mis juveniles aplausos, cuando la fundaban José María Calvo, Aniceto Solares, Ernesto Reyes y otros intelectuales de aquellos tiempos, subsiguientes cercanos a la Guerra del Pacífico; sociedad que tomó para sí el nombre del más puro de nuestros héroes, del más inmaculado de nuestros políticos, de Sucre, el redentor y el mártir; sociedad que ha desarrollado, con éxito, su paciente labor en la búsqueda y acumulación de datos y documentos que puedan afirmar nuestros derechos en los diferendos internacionales que habían de afligir a nuestra nacionalidad, en lo futuro, como habia ocurrido ya en lo pasado; que se ha preocupado y se empeña en reunir los materiales con los que podremos edificar el monumento de nuestra geografía y de nuestra historia; que viene, desde su creación y sin tregua, enriqueciendo sus secciones de biblioteca ameri-

cana y ante todo, boliviana; su folletería, su museo histórico y su cartografía, con documentos que se hallaban antes dispersos y expuestos a desviarse; que ha publicado obras de alta valia, de investigaciones históricas, tradicionales y científicas, producidas por algunos de sus individuos; que más de una vez ha prestado su concurso a los poderes públicos y principalmente al comunal, en la formación de censos, demografías y estadísticas; esa meritoria colectividad, en fin, me ha honrado, como al más antiguo quizà de entre sus colaboradores, con el encargo de inaugurar su presente sesión pública, consagrada a rendir hemenaje de gratitud y de glorificación a un gran acontecimiento de la historia de América, la batalla de Junín, y al héroe genial, grande entre los grandes, que le dió ejecución y cumplimiento, en un día como el de hoy, en que, en el correr de las edades, se cumple el primer centenario de ese evento.

¿Qué significa la celebración de un centenario? Es una especie de alto que hace la humanidad, en su ascención hacia el progreso, volviendo la mirada a lo pasado, como en una especie de examen de conciencia, para distinguir cuáles son los hombres y los acontecimientos que han logrado vencer la acción destructora y esfumante del tiempo, empeñado en sepultar bajo el polvo del olvido las entidades humanas diminutas y los hechos pigmeos y entonces. si en esa investigación de lo pasado, la mirada del gran viajero, el género humano, distingue en lontananza y a través de esa centuria, moles enhiestas, cubiertas de la aureola de gloria con que adorna sus cimas, nimbándolas de luz, el sol del pensamiento y de la gratitud de la posteridad, exclama: ¡Allí está una de las cumbres que me señalaron el derrotero! ¡He ahi uno de los grandes saltos con que arrebaté al destino la gloria y el triunfo y a cuyo impulso abati el obstáculo y franquée el precipicio que embarazaban mi ascenso! Tal nos ocurre en este instante, en que, al investigar lo pretérito, contemplamos, después de cien años, la gigante figura de Bolívar, dirigiendo y llevando a cabo la inmarcesible victoria de Junín.

«Tenemos que reconocer—dice un pensador moderno,—que la lucha por la existencia, entre las sociedades,

ha sido un instrumento de evolución... El punto de partida de la cooperación social es la acción combinada de las agrupaciones humanas para el ataque y para la defensa...» Sin la pretensión de legitimar los horrores causados por el antagonismo natural y universal que coexiste con tales agrupaciones y que, probablemente, perdurará mientras subsistan ellas sobre la haz del planeta, engendrando periódicamente el cataclismo social que se llama guerra «homicidio colectivo, con todos los caracteres de asesinato» como dice otro, preciso es confesar que pasados los horrores y los trastornos de la contienda, y restablecido el roto equilibrio de las fuerzas que actuaron en la evolución de la masa, se ve que ella ha progresado, al fin, y del aparente caos; del seno de la nebulosa, transitoriamente desintegrada por el choque, ha surgido una nueva creaciòn. Así, del caos ocasionado por las guerras de la independencia americana, surgieron esos planetas, democracias jóvenes del Nuevo Mundo, que respetuosos giran en torno al sol de la libertad, de la justícia y de las instituciones, al que se empeñan en constituir en foco central y único de las colosales órbitas que describen ya, en los dilatados ámbitos de la historia.

No existe. para avalorar la grandeza de los genios y para medir la magnitud de las hazañas que ellos realizaron, otra medida que la de los obstáculos que supieron vencer y dominar, los primeros, y la de la extensión de las luminosas proyecciones que lanzaron las segundas, en los recónditos senos de lo porvenir. La batalla de Junín, postrera accion bélica en que tuvo participación directa el Libertador, engendró la de Ayacucho, que, con la gloriosa capitulación que la siguiera, selló para siempre la emancipación americana; ambas acciones de armas originaron el definitivo surgimiento de cinco nuevas repúblicas, la quinta de ellas Bolivia, y afirmaron la autonomía de once repúblicas más que, si bien la habían alcanzado ya, la habrían visto quizá, vacilante y comprometida, a no haber obtenido el Gran Capitán que el destino decretase en su favor esa nueva victoria.

Al transcurrir el primer año de la centuria que hoy contemplamos, tuvo lugar la gestación de Bolivia y al cumplirse ese año, en 6 de Agosto de 1825, como para consagrar el recuerdo del suceso generador

los padres de nuestra patria, congregados en este mismo recinto, cuyos muros repercutieron sus acentos de cuando debatían el problema de esa creación, proclamaron la independencia y la existencia política de la hija predilecta de Bolívar, que, con estas célebres palabras había proferido ya el FIAT de su ser: "Bolivia sea".

En cuanto a ese genio tutelar que dió vida a la nueva creación y la amparó con la gloria de su nombre, ocurrió lo que con todos los benefactores, sin exceptuar a Aquel que al morir en el Calvario, enseñó a los hombres a amar y a perdonar; recogió su parte en la cosecha de las grandes decepciones que el destino depara a casi todos los grandes hombres. Bolívar, consciente de la necesidad ineludible en que se hallaban las repúblicas que fundò, de obtener vigor interno y fortaleza exterior para ser libres, duraderas y respetables; con la mirada de su genio, acostumbrada a rasgar los velos del ignoto porvenir, vislumbraba ya los peligros del caudillaje que, surgiendo de la guerra misma que llevara a feliz tèrmino, iban a amenazar la vida y los progresos de las flamantes democracias, y en medio de sus zozobras, vió destruida la mejor obra que, para conjurar el peligro, creó su mente: la gran República de Colombia; vió morir, vilmente asesinado, como holocuasto ofrecido al demonio de la demagogia, que no tardaría en señorearse en toda la extensión de Hispano—América, al más querido, al más inteligente, al más virtuoso de sus colaboradores, a Sucre, patentizando su dolor, a la noticia de su inmolación, con este desgarrador gemido: "¡Han muerto a Abel!" Se confirmó en su ánimo el temor que lo asediaba, de que las mismas repúblicas las hermanas en el Continente, se convertirían en mutuas rivales, al llegar el momento de demarcar sus extensos e inciertos territorios; temor que manifestó y cuya realización trató de evitar, cuando quiso establecer como bases del derecho internacional americano los grandes principios qne tienden hoy a hacerse universales, el del arbitraje, el de los congresos de plenipotenciarios de las naciones y el peculiar para América, del *uti possidetis juris* de 1810, como pauta y norma a que deberían sujetarse las delimitaciones que no iban a tardar

en demandarse. Entristecido, solitario y desengañado rindió, por fin, la vida en Santa Marta, a los 42 años de su gloriosísima existencia, ratificándose quizá en su mente, la amarga previsión que manifestò en estas frases suyas: "Es más fácil romper las cadenas de un pueblo oprimido, que convertir en pueblo libre al que ha vivido esclavo".

No dejó de agitar las colgaduras de su lecho mortuorio el hálito helado de la ingratitud humana, que pretendió discutir y amenguar su gloria, atribuyéndole innobles aspiraciones a la fundación de una dinastía, en provecho suyo; a él, el repúblico por excelencia, que declaró siempre que prefería el título de Libertador, como el más glorioso, sobre cualquier otro que hubieran podido conferirle los pueblos.

Bolivia es digno pedestal de su grandeza y de su nombre, con el cual se enaltece; empero, su gratitud no debe limitarse a ello y no debe darse por satisfecha, mientras no realice los destinos que le deparó su fundador y padre y mientras no eternice su figura y su memoria en bronces y en mármoles imperecederos.

Pueda, merced a nuestros esfuerzos y a los impulsos de nuestra gratitud y de nuestro trabajo, en no lejana época de la nueva centuria que vamos a comenzar, exclamar el viajero que cruce nuestras ubérrimas regiones, imitando a un historiador de la gran república de Estados Unidos de Norte América: Sois de ayer y ya llenais el mundo, pues exhibís florecientes vuestras instituciones, que sabeis comprender y ejecutar; vuestra agricultura, vuestro comercio, vuestra navegación y vuestras artes liberales. Sea vuestra existencia nacional objeto de respeto y asombro a las extranjeras gentes y que os vean ellas, de este lado del Atlántico, constituir un coloso, mezcla de todas las razas, de todas las religiones, Roma sin Capitolio: Imperio sin Césares; que no adora más ídolo que la libertad; que no honra otra nobleza que la de la virtud. el talento y el trabajo...... sobre todo la del trabajo honrado, que convertirá todos vuestros actos en una maravilla y hará de la vuestra una nación digna del Gran Capitán, mayor que Césares y Napoleones, de Bolivar, en fin, que le dió el ser y le legó su nombre!

EL GENIO

Conferencia del Dr. Alfredo Jáuregui Rosquellas

Señoras, Caballeros.

De todas las grandes revoluciones que han sacudido a la humanidad intensamente en el periodo post-cristiano, a cuyo término alcanzamos, ninguna tiene la importancia ni reviste los trascendentales caracteres de la emancipación de las colonias de América, por los recursos puestos en juego, por los medios empleados, por los fines perseguidos, y por el bellísimo ideal y las nobles perspectivas que orientaron la conciencia de los hombres superiores que supieron iniciarla, que acertaron a conducirla y que lograron coronarla al fin con las palmas de la victoria.

Muerta la civilización griega y postrada en irremediable decadencia la Roma Heroica, el esenio de Belén, predicador de Judea, mostró el camino a seguirse dentro de una audaz reforma, y promovió el avance incontenible de pueblos y razas que tanto tiempo ya, se retorcían en medio de turbadoras inquietudes, aplastadas por las nieblas espesas de la ignorancia, la impiedad y la miseria moral más estupendas.

Primero los bárbaros del norte europeo destruyendo la refinada cultura de las penínsulas del sur, matando el genio de la brillante Hélade y estableciendo el feudalismo que, asociado con la iglesia de los Papas, puso mordaza al espíritu de investigación y declaró culpables las más sugerentes y elevadas manifestaciones del arte.

Luego el renacimiento, esa deslumbrante aurora que disfrutaron los pueblos del occidente, cuando disipadas las sombras de la intolerancia, vencida la soberbia brutal de los caudillos y suprimido el embrutecedor pecheraje de la edad media, vieron abierto el horizonte, límpido el cielo y franco el camino de las grandes conquis-

tas del espíritu, pudiendo los labios cerrados por la penitencia, los oídos clausurados por el martirio voluntario y los ojos muertos por la falsa modestia, abarcar a vuelo libre las mágicas y eternas armonías del arte, de la ciencia y del pensamiento, dueño del mundo, y esclavo no obstante de una época de horrores y miserias.

Más tarde, al finalizar el siglo XV y cuando España unificada en su raza y en su fe, se enseñoreaba de Europa, el Gran Genovés se presenta humilde, pide amparo y protección, y después de un viaje fantástico sobre el Mar de la Tinieblas, allí en el extremo difumado del misterioso horizonte surge Amèrica, el Nuevo Mundo, y desde ya sus inmensas montañas, sus caudalosos ríos y su fronda exuberante son la admiración del antiguo continente, y el seguro seguro asilo de los pueblos y las razas que en él se agitan luchando, a ley de vida, en los campos de la turbulenta Europa.

Viene en seguida la reforma religiosa, y el fraile de Eisleben, profesor en Erfurt y contradictor en Wittemberg, para en seco con sus proposiciones casuísticas referentes al dogma y a la liturgia, los incesantes atropellos y locas exigencias del pontificado, anheloso siempre de mundanas ostentaciones. I empieza la contienda religiosa entre católicos y reformados, cruel, iracunda, formidable, que dejó cubiertos de sangrientos despojos los mejores campos de la Europa Central, y sembró por do quiera la desolación y el espanto, consagrando la más grande de las conquistas de que puede ufanarse el sér humano: la del pensamiento libre.

Sigue todavìa la revoluciòn social y política de la Francia decadente, y el magnífico y soberbio palacio de Versalles, donde princesas pastoras y marqueses zagales esprimen la dicha en fiestas galantes al divino amor, es invadido por la población maloliente de los mercados de París, que al poner en la cabeza del Rey el gorro frigio, proclaman la igualdad social, declaran la igualdad política y establecen la fraternidad humana, haciendo suyas las sublimes mâximas del mártir del Calvario, expresadas en vez primera por el fraile español Domingo de Soto, cuando defendía a los indios de América sometidos a injusto vasallaje.

Finalmente se produce el grito continental de reve-

lión en el Nuevo Mundo. Los criollos empuñan las armas y en bélico tropel avanzan sobre las fuertes posiciones de los tercios que sostienen, en tierras de Colón, el cetro de Don Fernando. Trábase la lucha formidable de Méjico a Patagonia, y de un confín a otro del Continente Hispano elévase el himno sagrado que encierra el juramento de luchar, vencer o morir. Corre a torrentes la sangre ibera, mezclándose con la del cholo, del gaucho, del roto, del llanero de Colombia, del quechua de nuestras faldas, del aymara de los páramos y del guaranino de nuestros bosques, vertidas pródigamente para fecundar el árbol sagrado de la libertad. Por fin, después de cuatro lustros de batallar sin tregua, el sol de la concordia alumbra el nacimiento de las nuevas nacionalidades, y penetra con sus rayos vivificantes el establecimiento de los derechos humanos en toda la vastedad del espléndido continente colombiano.

Mas, esta clásica epopeya, como todas las decisivas transiciones, las fuertes sacudidas y atrevidos vuelos hacia el ideal, había de tener sus héroes y sus mártires: aquéllos para que diesen magnitud a los hechos, éstos para que les comunicasen sublimidad; aquéllos para que su trágica grandeza hiciera inclinarse reverentes a los siglos futuros, éstos para que su piadosa tristeza hiciera conmover dúlcemente a las generaciones del porvenir.

Allá el Cristo de Judea, héroe y mártir a la vez, fué sacrificado en aras de un gran principio de insuperable moralidad, y murió enseñando a los hombres las bases del verdadero liberalismo, a cuya sombra se ha de desarrollar la sociedad humana del futuro. Luego Clovis, Leovigildo, Conrado, Estéban, Rurik, Mahoma, Genserico y Gundemaro y muchos más, fundadores de pueblos y organizadores de una sociedad nueva, caballeresca y guerrera, donde la fe ingenua se mostrara libre, donde la mujer no fuera esclava y donde el honor volviera a tomar el sitio de preferencia de que el despotismo romano lo había arrojado, fueron los héroes. En cuanto a las víctimas, se llamaban Cultura Latina, Arte Griego, Civilización Occidental, que hubieron de ocultarse por muchos siglos donde no pudiera alcanzarlas la espada feudal.

El ideal artístico y el triunfo de la verdad científica surgieron, así mismo, a través de porfiados esfuerzos. Dos Papas, que así fueron inmortales, un príncipe fran-

cés y una ilustre familia italiana, son los caudillos de esa gran revolución que hizo renacer las letras latinas y las excelencias del arte griego, sin que las ciencias exactas dejaran de salvar el tremendo obstáculo que hasta entonces las detuviera estancadas. Budé, Brunelleschi, Lorenzo de Médicis, el Tasso, Corpérnico, Cervantes, Galileo y otros sabios y artistas, fueron las víctimas propiciatorias de tan importante movimiento espiritual, que dejó abierto el ancho campo en que había de hacer sus conquistas la humana inteligencia.

Y Colón, el inspirado navegante del Gran Océano, el temerario explorador de las Antillas, que dió a los reyes de España territorios tan vastos y vasallos tan numerosos ¿no fué a la vez héroe y víctima de sus elevadas concepciones y de sus atrevidos procedimientos en pos de un ideal?

Y Magallanes, y Balboa, y Cabeza de Vaca ¿no fueron héroes y mártires de la transformación geográfica y comercial que iba a experimentar el mundo?

Y Pizarro, Cortés, Quezada y Valdivia ¿no fueron héroes y víctimas de la formidable revolución histórica que iba a imprimir nuevos rumbos a la política y a la sociología europeas?

Los héroes de la reforma religiosa iniciada por Lutero en Wittemberg, y cuyas fieras contiendas ensangrentaron los campos da Suiza, Holanda, Alemania, Inglaterra y Francia, sembrando la desolación y el terror en gran parte de Europa, fueron frecuentemente las víctimas de sus ideales, y casi siempre tocó a los mismos, junto al galardón de la iniciativa, la palma del martirio. Juan Huss, Leyden, Knox, el mismo Zuinglio, y sobre todos el ilustre Doctor Servet, lanzado a la hoguera por el delito de pensar con independencia y no aceptar los múltiples errores que uno y otro bando religioso trataba de imponer, son ya sombras respetables que señalaron la senda dolorosa que habían de seguir los revolucionarios heroicos de la Francia antimonárquica, soñadores empedernidos, idealistas incorregibles que, por amar demasiado la libertad y amarla mal, perdieron el verdadero concepto de las cosas y de la vida, y fueron al cadalso cantando himnos a su veleidosa deidad.

Por ideales tan grandes pero más puros, tan elevados pero más nobles, los caudillos de la revolución ame-

ricana juntaron también los laureles de famosas victorias y las palmas de tremendos martirios. Miranda, Bolívar, y Sucre, forjadores de ensueños gloriosos, luchadores invencibles que supieron hacer suyo al Triunfo y esclavizar al Exitó, hubieron de caer al golpe traidor que les asestara la Envidia, y ser poco menos que olvidados por la incalificable ingratitud de los pueblos que constituyeron y organizaron a costa de su sangre, con sacrificio de sus intereses y estrujando todas las caras afeccionesde la vida.

Allí, en medio de esa deslumbrante e inmensa constelación que enaltece, glorifica y hace reverenciables por todos los pueblos y a travès de todos los siglos, los anales de la guerra por la independencia política del Nuevo Mundo, destácase como un astro de primera magnitud, como la cima más imponente, como la radiaciòn más viva de las humanas virtudes de la energía y el mérito indiscutible, la silueta al par atrayente y avasalladora del Libertador de América, cuyos rasgos voy ha perfilar brévemente.

———

El 24 de julio de 1783 nació en Caracas, de la Capitanía General de Venezuela, Simón Bolívar. Fueron sus padres Don Juan Vicente Bolívar, de ilustre prosapia, y Doña Concepción Palacios, Blanco y Sojo, de noble abolengo. Su estirpe toda en América desde 1590, pero guardada con pureza la sàngre de los mayores

La biografía de este hombre magno, así como la historia de sus hechos políticos y militares, han sido escritas en control y a competencia, por juzgadores ilustres capacitados para tan difícil tarea, y poseedores del verbo viril y definitivo que se requiere para esta obra, que por si sola es más que una brillante epopeya. Lejos de mí, pues, la idea de incurrir en la insensata pretensión de trazar la deslumbrante silueta moral de tan gigantesca figura histórica, que harto atrevimiento es ya oficiar en este acto recordatorio de uno de los acontecimientos más gloriosos del recorrido triunfal del invicto Capitán del Nuevo Mundo.

Después de retratarle física y moralmente con perspicacia y detenimiento, quizás con malicia, escritores distinguidos de todos los pueblos interesados en analizar su vida y conocerle, en los tres continentes laborantes a principios del siglo XIX, han concluído de concierto en con-

sagrar su inmortalidad declarándolo el Genio Incomparable del Siglo, I, a fe, que bien merecido tenía, y lo tendrá en los futuros tiempos, ganado ese laurel, quien como Bolívar supo concentrar en sí y en dosis equilidradas, la iniciativa y el arrojo, el valor y la clarividencia, el cálculo político y la sagacidad diplomática, la tenacidad imperativa y la energía reflexionante, el desprendimiento desdeñoso de las riquezas y el optimismo del bien, todo para dar campo libre y amor abierto y generoso a los más bellos ideales que supieron tomar forma en su *cerebro fragua*, cual era su amor a la libertad, a la igualdad y a la gloria, deidades seductoras a cuyo imperio didicó toda su vida, el poder irresistible de su brazo y el empuje formidable de su inteligencia.

La inquietud de su caràcter y su afición por los estudios y los viajes apuntaron ya, desde el primer período de su vida, al gran activo de mañana; pero no al simple activo removedor, al inquieto turbulento de estériles disipaciones de fuerza y movimiento, no. Su tipo era complejo, de un mixticismo extraordinario, y con los brotes de una virilidad y hombría superabundantes, estallaban en él las creaciones màs atrevidas y los planes más temerarios, todo envuelto y casi arrumbado entre los deseos de lo incolmable, los anhelos de lo grande, las actividades de lo estupendo y las inquietudes de lo imposible.

Huérfano y rico a los dieciseis años, su primer movimiento de expansión condújole a Europa, a la corte de los reyes de España, donde hizo la vida espléndida, turbulenta, divertida y veleidosa que correspondía a su edad, posición y fortuna, hasta que su matrimonio con una dama de claro abolengo: Doña Teresa de Toro y Alaiza, sobrina del Viejo Marqués de Toro, puso fin a sus ligeras costumbres de salón, llamàndole a concentrar sus esfuerzos, entusiasmos y preocupaciones en el hogar, constituido sobre la piedra cimental de un cariño verdadero. La fatalidad tronchô sus esperanzas mui pronto y, apenas llegado a Caracas viô, desolado, tornar al seno de la tierra el cuerpo y al cielo el alma de la amada compañera, que esperó que sería la inseparable partícipe de todas las horas de su vida.

Fué entonces, en 1801, que emprendió su segundo viaje a Europa, y fué el miraje del agitado viejo continente lo que determinó el curso de sus años futuros Allí

contemplò de cerca la inmensa gloria de Napoleòn, admiró el poder de la gloria, anheló el glorioso poder de la fuerza y soñó con la aplicación de esa fuerza, de ese poder y de esa gloria en beneficio de los pueblos del Nuevo Mundo, cuyos aislados e impotentes esfuerzos por la libertad habían sido ahogados en sangre.

Mas, contra lo que han dicho perversamente sus envidiosos detractores, Bolívar no se deslumbró con el aparato glorial del Conquistador de Europa, ni le ofuscaron los resplandores de la *corona* del Emperador: amó la Gloria, por lo que tiene de grande y magnífica; amô el Poder por lo que tiene de útil y espléndido; pero más grande y más útil, más espléndida y magnífica consideró para América la guirnalda heróica y mística de la Libertad, y ante sus altares juró depositar la suprema ofrenda. El mismo lo dice: «La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareciò grande fué la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona: esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que le libertase».

Que el fantástico y grandioso espectáculo del París napoleónico, la Corte imperial y las grandes revistas militares del Campo de Mayo impresionaron terriblemente su espíritu fecundo y ardiente, lo demuestra la escena del Monte Aventino que vigila el sueño de la Roma Cesárea, escena descrita por su fiel maestro y amigo Don Simón Rodríguez, y que por tanto bien le conocía, quien entre otras cosas dice: «...fué un vértigo, una inspiración... una previsión del porvenir...»

Cansado, por fin, con la vida del gran mundo, del cortesano gran mundo que frecuentaba en la capital de Francia; cansado por la inacción de su existencia, desenvuelta entre cortesanos y mundanas de aquella época estupenda en la ciudad pagana por excelencia, se restituyó a la patria y puso de manera decidida y para siempre, su espada, sus tesoros y su voluntad inteligente al servicio de la causa continental que, por secreto designio de la Providencia, debía empezar él a las orillas del lago de Maracaibo y rematar él mismo en la cumbre del orgulloso Potosí, dando vida, libertad e instituciones a cinco organismos nacionales del mundo de Colón.

Establecido en Caracas dió principio a su vida mi-

litar y heróica, serie inacabable de triunfos, si no siempre guerreros sobre las armas españolas, sí de inmensa trascendencia política y diplomática, triunfos de carácter, de energía y de voluntad: sobre los caudillos revolucionados, sobre las masas armadas que formaban los ejércitos de la Patria, sobre las poblaciones de criollaje turbulento y desorientado, sobre los sanguinarios jefes realistas, sobre el medio hostil, sobre las dificultades económicas, y principalmente sobre algunos innobles compañeros de campaña, que ciegos de envidia y locos de ambición, pronto se trocaban en enemigos del jefe que les había sacado de la nada, cuando no en traidores a la misma causa que antes los agrupara en torno de la bandera.

Desde sus primeras armas con el general Miranda, desde sus primeros actos sobresalientes a órdenes del general Labatud, hasta el triunfo postrero de Junín, cuyo centenario recordamos...¡cuántas decepciones! ¡cuántas amarguras! Cuántos dardos emponzoñados se clavarían en el corazón del Héroe!! En veintidos años de contender sin tregua con la espada y con la pluma, en el campo de batalla y en el gabinete del administrador....¡cuántos jirones del grandioso ideal no serían desgarrados en el alma del Genio!!! Pero siempre venció por su voluntad enérgica y por su inteligencia luminosa. Venció por la firmeza a la par que por el ejemplo, siendo el primero en el sacrificio y el último en las ventajas: él concedió las mercedes y tomó para sí los riesgos. Luchando maniatado contra los arrolladores oleajes del Orinoco; desafiando impávido las profundidades del Tequendana; burlando milagrosamente los puñales asesinos en Kingston, en el Rincón de los Toros y en Bucaramanga; ordenando la ejecución de Piar, su compañero y amigo, por ser necesaria; provocando al mundo estero con su declaración de independencia de Venezuela el año 1818, en Boyacá en 1819, en la formidable jornada de Carabobo en 1821; en sus diferencias con Santander, el clásico legista de la Gran Colombia; en su famosa conferencia con el general español Pablo Morillo en Santa Ana, el año 1820, de la que resultó Colombia reconocida como potencia y en la que se obtuvo la regularización de la guerra dando grandes ventajas a la causa patriota; en sus correrías, en su vida de campamento; en sus ataques a la cabeza de las tropas; en sus retiradas guardando siempre la retaguardia, cual lo impone

el honor del jefe....en toda ocasiòn y siempre mostróse grande, abnegado, genial y consecuente con el precepto de conducta que se había impuesto: «S*iempre adelante, nunca atrás*; *que triunfe la voluntad porque ella da los triunfos*».

Lo que hay de extraordinario, de grandioso y épico en las campañas de Bolívar, sólo puede ser comprendido· por quien siga paso por paso todo el curso de ellas. Improvisar ejércitos, disciplinarlos, lanzarlos sobre el enemigo y vencerlo, imponiéndole la voluntad, eso lo han hecho Alejandro y César y aun el mismo Napoleón I; pero hacer eso en tierra hostil a las ideas que van a sostenerse; improvisar elementos de ataque que puedan oponerse a fuerzas poderosas; conservar la disciplina y el entusiasmo después de la derrota; combatir por un màgico ideal que las masas guerreras allegadizas no comprenden, y combatir semanas y meses y años seguidamente, ininterrumpidamente, alternando victorias espléndidas con derrotas sangrientas, a través de montañas inaccesibles, rìos caudalosos, bosques impenetrables y territorios tan extensos como los de Europa entera, y así, con hambre, frío y sueño, sin recursos y con tropas improvisadas, en un medio huraño y de frente a los elementos conjurados en contra, asî, en esas condiciones y con esas circunstancias, sólo el genio fecundo, la voluntad inflexible, el ardor bélico y la energia y valor de Bolívar pudieron obtener tan inmensos y perdurables resultados. Sólo Bolívar era capaz de semejante empresa y, a fe, que supo coronarla con magníficos laureles!

La valerosa corte que le acompañaba y seguía de inmediato en todas sus correrías a través del Continente, correrias gloriosas con que dió libertad al Nuevo Mundo, estaba formada por generales de primera categoría, a los que sabía electrizar con sus arengas y en quienes infundió su alma para darles patriotismo, y su fe para darles la conciencia de los altos destinos de América. Con él estaban Sucre, Girardot, los Ricaurte, los Briceño, Ibarra, Urdaneta, Páez, Rivas, Bermúdez, Santander, Mariño, Arismendi, Côrdoba, Maza, París, Ucrós, Soublet, O'Leary, O'Connor y cien más, del material de que se fabrican los héroes, aunque más tarde algunos de esos héroes enceguecidos de envidia por el brillo de las victorias del Libertador y anhelosòs por robarle jirones de su inmensa gloria hubieran vuelto contra él, s

no las armas del guerrero que él les enseñó a manejar, sí las insidias miserables, agitadas por las bajas pasiones que hace fermentar la ingrata emulación......cuando es impotente.

———

En 1822 habían cesado ya las campañas libertadoras en el norte del Continente, y Venezuela y la Nueva Granada eran países soberanos, pudiendo el Libertador hacer práctica la reorganización de la Gran Colombia, formada por la unión de esos dos Estados, a los que debía agregarse más tarde el Ecuador, que quedó libre también por la acción del general Sucre, el más querido y el mejor de los lugartenientes de Bolívar. El fatídico recuerdo de la "guerra a muerte", de las matanzas de Pasto, el Boconó, Masparro, el Aricagua, Tákira y Barquisimeto empezaba a desvanecerse; los descalabros de Tunja, Pasto, Barquisimeto y La Guaira, donde corrió un río de sangre patriota, eran leyendas sombrías que los heróicos vencidos referían con lágrimas en los ojos; así como los relatos de Cúcuta, Niquitao, Tinaquillo, Grita, Ocaña, Tenerife, Cartagena, Santamarta, Maracaíbo, Pitayó, Coro, Carabobo, Boyacá Bomboná, y Pichincha eran cantos épicos que enorgullecían a los que allí supieron soportar impasibles y dominar triunfantes el fuego exterminador de los ejércitos realistas de Zuloaga, Morales, el sanguinario Boves, el terrible Monteverde, el caballeresco Morillo, y Rosette, y Antoñanzas, y Puy, y La Torre, y Correa, y Perreira y míl más que, como Barreiro, Moxó, Enrile, García y Calleja. no cedían un paso sin haber antes sembrado la destrucción y el horror en las filas patriotas.

En esas circunstancias, libre definitivamente el norte continental, y reinando en el Perú el caos político y militar más estupendo, consiguiente a la precipitada proclamación de independencia que allí hiciera San Martín, sin haber vencido ni luchado siquiera con las numerosas huestes realistas que ocupaban el territorio, en esas circunstancias fué solicitada por el gobierno provisional de Lima la ayuda colombiana, cuyo efecto fué la presencia inmediata del general Sucre a la cabeza de aguerridas fuerzas.

San Martín fuera de escena desde la entrevista de

Guayaquil, dejó libre el campo al Libertador, que iba a llevar triunfante la bandera de la República hasta el extremo sur de la América meridional, constituyéndose en vivo, inteligente y poderoso nexo de la aspiración de todas las colonias hispanas, y en reflejo lúcido del pensamiento de todos los hombres del Nuevo Mundo. Y Bolívar, atendiendo al llamado ansioso de los pueblos del Perú, que se debatían en luchas infructuosas con los tercios del Rey, y en sangrientas y mal aconsejadas contiendas civiles, abandonó momentáneamente su sede presidencial de la Gran Colombia, y al frente de sus invencibles legiones descendió de las mesetas de Cundinamarca y tomó para sí la tarea de independizar los pueblos del centro del Continente, como lo había hecho ya con los del norte. Empezó por aplastar la cabeza de la discordia en Lima, donde fué recibido cual un Mesías, desautorizó las medidas de gobierno de Riva-Aguero, consolidô la inteligente autoridad del Marqués de Torre-Tagle y organizó con sabia energía la total batida de tropas y regímenes realistas en tierras de América.

El Virrey La-Serna aprestóse a la contienda con el ya famoso Héroe del Norte, acompañado por un brillante cuerpo de mariscales como Canterac, Carratalá, Monet Villalobos, Espartero, Valdez, Garcia Camba, Maroto, Ferraz, Vigil, Somocurcio, Pardo y Bedoya, y otros muchos, ilustres guerreros y caballeros de corazón bien puesto, dignos de medir sus armas con los Sucre, Córdoba, Lara, Necochea, Miller, La Mar, Brown, Suárez, Santa Cruz, Gamarra y todos los valientes que, con el Libertador al frente, querían disputar a las huestes del Rey el laurel definitivo de la victoria y sellar la independencia del Nuevo Mundo.

El 5 de agosto de 1824 emprendieron la última jornada de aproximación ambos ejércitos: del Sacramento a Reyes el patriota; de Pasco a Reyes el realista Era pues preciso e inevitable el encuentro.

Marchaban por delante los regimientos montados: soberbios, brillantes, lujosos los del Rey; aguerridos, confiados, resueltos los de la Patria. I Bolívar, el héroe sin rival en los siglos pasados y futuros, iba a la cabeza de sus tropas, dispuesto a correr el todo por el todo, pero confiado en su buena estrella y en el gran papel que debía jugar, según el despotismo providencial,

en los destinos del mundo americano. A las 3 de la tarde del día 6 de agosto se realizó el esperado encuentro en los llanos de Junín. Crujieron las armas en choque formidable y durante una hora de loca confusión los combatientes se alancearon y acuchillaron con verdadero frenesí, embistiendo y retrocediendo, ya con exclamaciones de victoria, ya con gritos de derrota, según que la suerte y el coraje ofreciera palmas triunfales a los unos o a los otros. Atropellados, deshechos y confundidos realistas y patriotas, tenaces en la batalla, con las armas tintas en sangre hasta el pomo y con las manos crispadas por el furor de la refriega, sobre un campo cubierto de cadáveres y chapoteando sobre sanguinolentos despojos, españoles y americanos se jugaron desdeñosamente la vida, porque bien sabían que de la suerte de aquel día iba a depender la de todo el Perú y quizás de todo el Continente, ya que la causa de la libertad era una y uno—Bolívar—era el nexo espiritual, personal y heróico de las aspiraciones comunes.

I otra vez la estrella feliz del Libertador lució espléndidamente sobre el límpido cielo americano: Bolívar pudo revistar sus tropas vencedoras, lamentando irreparables pérdidas es cierto, pero pudo también afirmar que con el triunfo de Junín quedaba asegurado el éxito definitivo de la campaña libertadora del Perú, debiendo ella, por sus inmensas trascendencias, ser inscrita en el gran libro de las glorias americanas, junto a las de Boyacá, Carabobo y Pichincha.

Cuatro meses después el ejército patriota, puesto por el Libertador a órdenes de su mejor amigo y más querido general—Sucre—el de Pichincha, coronó con la grande, magnífica y definitiva victoria de Ayacucho, la obra de libertad del Nuevo Mundo, cumpliendo las previsiones de Bolívar, quien fué proclamado de uno a otro confín del Continente: Genio de la Guerra, el Más Grande Hombre del Siglo y el Glorioso Libertador de América.

Pero ¡Ay! este hombre coloso, libertador de pueblos, creador de naciones, diplomático de alta escuela, filósofo y legislador, magno político, escritor y poeta, erudito cultísimo, y por fin genial estratega e invencible guerrero forjador de heroismos y virtudes, hubo de experimentar mui pronto el estupendo desengaño de la incomprensión, estimulada por la vanidad y el orgullo insen-

satos de los míseros que formara de la nada y atrajera a sí, incomprensión socorrida por la milicia de los aspirantes, por la envidia de los impotentes y la ingratitud de los perversos, y por la maliciosa ingratitud de los ambiciosos. El, el libertador de tantos millones de hombres y tantos millares de pueblos; el creador de nacionalidades y forjador de instituciones liberales; el iniciador de las más gigantescas obras de paz, organización, progreso y riqueza del Continente; el infatigable guerrero y administrador incomparable hubo de ser expulsado, rechazado y desconocido por los mismos a quienes diera vida y libertad, honra y trabajo, viéndose obligado a buscar caritativo asilo en hogar extranjero, asilo para su ya desmedrado organismo, una vez que su grande espíritu se había refugiado en el castillo infranqueble de su orgullo, y abroquelado con la espantosa decepción que aniquiló su existencia en los últimos años de intensa y activa peregrinación terrena, finalizada el 17 de diciembre de 1830, después de haber reiterado estas tres categóricas declaraciones hechas ya con los ojos puestos en el infinito:

A los bogotanos:	Me acusan de ambición y de tentar a la monarquía. ¡Qué! ¿Me creen tan insensato que aspire a descender? ¿No saben que el título de Libertador es más sublime que un trono?
A los íntimos que le acompañaban:	Yo sé que es difícil ser siempre el mismo hombre, y que el que no tiene principios invariables no puede tener conducta uniforme; pero es una fatalidad no haber encontrado en mi camino otra cosa que ingratos...... Aquéllos en quienes puse más confianza y a quienes llené más de beneficios, son los que más me han vendido!!!
A los colombianos:	Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, bajaré tranquilo al sepulcro.
A su médico, noche antes de morir:	Doctor, ¡pobres los pueblos de América si no modifican o estirpan su tendencia demagógica!!! Que triste decepción!!! He arado en el mar!!!!

I sus ojos se cerraron, contrayendo su faz un gesto doloroso de desprecio, de profundo desprecio por el mundo, por la gloria, por la vida y por la muerte misma.

Bolívar, más que otros, se ha hecho acreedor al calificativo de Genio, con que le ha consagrado la humanidad, por su vida heróica, por su muerte filosófica y porque durante el tiempo de su existencia supo libertar su espíritu de las tres terribles enfermedades que incesantemente le amenazan y casi siempre le aniquilan: la aprensión de lo que se conoce, el ansia de lo que se espera, y el miedo de lo que se ignora.

Sucre, 6 de agosto de 1924.



Gloria y dolor

(En el 99 aniversario nacional de Bolivia, 6 de Agosto de 1825; y primer centenario de la Batalla de Junín, 6 de Agosto de 1824. Versos leídos por el Presidente electivo de la «Sociedad Geográfica Sucre», al clausurar la fiesta de HOMENAJE a esas efemérides, en el Salón del Congreso Nacional. (Sucre).

¡Triunfar! ¡Qué gloria! ¡Ver que se despeja
La sombra acumulada en el Oriente,
Verla esfumarse, trémula, perpleja,
Para dar paso al sol—un sol que deja
Besos de libertad sobre la frente—!
¡Ver en la cumbre de la sierra andina
La silueta del héroe colombiano,
Sobre la enhiesta roca diamantina,
Como un Condor soberbio que domina
La tempestad del mundo americano.
Verle arrojarse como alud, al llano,
Que guardaban altivos los leones,
Y de su acero con el vivo lampo,
Ensanchar, triunfador, y abrir el campo
Donde arrojó simientes de naciones!
¡Qué gloria, recordar la obra de aquellos.
Colosos, que después de la victoria,
No anhelaron dejar sinó destellos
De justicia y de paz en nuestra Historia:
Que fundaron de América los pueblos,
Uniéndolos con lazos fraternales,
Marcando su heredad sin egoismos,
Haciéndolos ante la ley iguales,
Capaces de ser grandes por sí mismos.....
Pensar que éllos quisieron

Mantenerlos dichosos, siempre unidos,
Sin odios, sin temores, ni recelos,
En su límpida gloria confundidos,
Bajo la paz bendita de los cielos......
Recordar que los genios tutelares
De estos pueblos, dejaron
Que todos éllos tengan atalayas
De las glorias que audaces conquistaron,
En sus montes de nieves seculares;
Que todos éllos sientan en sus playas
La caricia fecunda de los mares;
Que en las riberas de los grandes ríos
Se marquen los recíprocos linderos,
Para evitar los celos, que sombríos,
Enturbiaran sus sueños placenteros....
¡Qué gloria recordar que el genio, el hombre
Mas grande de la Historia, el prodigioso
Bolivar, quiso en fin que la heredera
De su gigante nombre,
Que ya ostentaba el Iris por bandera,
Tuviera el Protector más generoso:
¡Cuánta emoción, cuando por vez primera
De Sucre sobre el pecho,
Altar de la virtud inmaculada,
Brilló la insignia de la Patria amada,
Iris de paz y emblema del Derecho!
¡Qué gloria, hermanos, hijos de este suelo,
Que alta la frente y con segura planta
Hollais altivos las cadenas rotas,
Y alzáis en torno de la enseña santa
Del himno patrio las solemnes notas!

Un siglo ha transcurrido desde aquella
Victoria de Junín, laurel lozano,
Que se ostenta en el mundo americano,
Descollante entre mirtos y entre palmas,
Jornada que dejó radiante huella
Sobre la senda del destino humano,
Y el nombre de Bolívar, como estrella
De excelsa magnitud en nuestras almas!

Mas recordando al que marcó el camino
De los libres de América, al gigante,
Evoquemos también la sombra amante
De nuestro protector, cuyo destino
Es al destino nuestro semejante.
Digna, como él, Bolivia ha conquistado
En lucha pertinaz su independencia.
Nada usurpó de todo lo heredado,
Y por éso a través de su existencia,
Como Sucre, sin mancha, ha conservado
La blanca nitidéz de su conciencia.
La espada de la lucha gigantesca,
Que en Ayacucho fué rayo del cielo,
Roto el brazo de Sucre, cayó al suelo
Ante el motín de imbécil soldadesca.
Y en nuestra patria-historia,
En luctuosos y nefastos días,
Llenos de angustia, de ansiedad, de duda,
Ella también sufrió las tiranías
Que le impuso el cuartel con fuerza ruda.

Sucre, en la selva obscura de Berruecos,
A la inícua traición rindió la vida......
Y esta Patria, que hirió la infamia un día,
No escuchó en su Calvario ni los ecos
De dulce simpatía,
O aquel acento de piedad inmensa
Que todo humano corazón envía
A la inocente víctima indefensa!
Hoy, no escucha el arrullo de sus mares....
Turbias están las aguas cristalinas,
Que poblaban sus bosques seculares
De mágicas orquestas.....
No le cantan las náyades y ondinas......
Yacen mudas las liras diamantinas
Del fecundo raudal de sus florestas,
¿Dónde están las comarcas prodigiosas,
Parte integrante del pensil ameno
De la grandiosa Charcas de ambos mares?
¿En dónde las riquezas fabulosas
De su fecundo y bendecido seno?
—¡Todo le fué robado, sorprendido
Villanamente, sin ningún derecho,
Por el filibustero y el bandido
De las encrucijadas y el acecho....!

¡Todo lo que fué suyo hoy es ageno,
Por el dilema impuesto: «fuerza o muerte»,
A la impasible faz de todo el mundo,
Que acata la injusticia del mas fuerte......!
¡Cuando el cañón retumba,
Para acallar la voz del impotente,
Abre el abismo su antro más profundo:
Del Derecho y la Paz lóbrega tumba,
Donde llora el Ideal....eternamente.
Y el débil cae. El fuerte en sus victorias
Deja huellas por siempre maldecidas....
Pero escuchad....También en las caidas
Hay grandezas y ocasos que son glorias,
Sí, Restañemos la sangrienta herida;
Y entre la angustia cruel que nos desvela,
Hagamos del Dolor la santa escuela,
Para aprender en su serena calma,
Que nos resta un derecho: el de la vida,
Derecho indestructible—como el alma.
Sacude ¡oh pueblo altivo tu idolencia!
Tu letargo fatal, signo de muerte!
¡Piensa en la Libertad, que fué la esencia
De tu ser y que debe sostenerte
A través del dolor de tu existencia!
¡Bebe raudales de Verdad y Ciencia,
Y te alzarás después, altivo y fuerte,
Con todo el pundonor de tu conciencia!
¿Acaso, dí, no sabes que el rugido
Que escapa de tu seno;
Cuando estás humillado y combatido,
Es más potente que el rugir del trueno?....

¡Patria del alma! Acuérdate cuán bella
Amaneció la aurora de tu vida!
¡Pues bien! Exhala tu inmortal querella,
Como hija de Bolívar, como estrella
Del cielo de su gloria desprendida.
Y dí a los pueblos todo lo que tú eres:
Que iniciaste en la América oprimida
La lucha por la santa Independencia;
Que tu Universidad guardó el tesoro
De ciencia y de energía
Que era preciso, para alzar un día
El grito que sonoro
El himno de los libres formaría
Con el rebato de campanas de oro.

No eres un pueblo extraño, eres hermano
De otros pueblos del mundo americano;
Compartiste con éllos los sombríos
Dias de angustia, yugos de tirano,
Caudillajes y locos desvaríos;
Como éllos te sentías soberano
De tus vastos y viejos señoríos;
Como éllos te asomabas al Oceano
Y a las orillas de tus grandes ríos....
Hoy quieres que el Progreso
Que llega a toda orilla, como un beso
De la divina luz, rasgando brumas.
También deje en tu enseña los laureles
Con los que otras banderas entrelasa;
Quieres vër sus bajeles
Sobre la alfombra nítida de espumas,
Que le tienden las olas, cuando pasa....
Tú ¿lo quieres? ¡Pues bien! Alza la frente,
Pide al mundo, a los hombres, pide al cielo.
¡Basta que un pueblo quiera, justamente,
Para que cumpla al fin su noble anhelo!
¡Que cese de una vez la prepotencia
De los seres que imponen la violencia;
De los que hieren, matan y no crean
Mas que el odio, la ruina y la tiniebla....
Que rasgue un nuevo sol la obscura niebla
Y que el Derecho y la Justicia sean!
!Mientras tanto, levanta, Patria mía,
Tu candorosa y abatida frente....!
¡Ornala del laurel resplandeciente
Con que ante el mundo te mostraste hoy día!
No ha de faltarnos varonil aliento
En los derrumbaderos del camino,
Mientras se cumple el sacro testamento
De Sucre, encarnación de tu destino!

Ricardo Mujia



El Libertador
Simón Bolívar

Encontrar reunidas todas las virtudes en un solo hombre es milagro que no repite con frecuencia la historia, por que si lo repitiera, el concepto niestchano de las exclusivas superioridades sería su eje y su explicación. El héroe de Carlyle" fuente de luz", o el Quijote tipo humano lleno de luz rara, le prestarían su vida y su alma para blasonarla de noblezas. Entonces la historia no sería la que conocemos, copia fiel de las humanas flaquezas, historia de hombres pequeños y fuertes pasiones pequeñas, de egoísmos, de lágrimas, de crímenes, de traiciones y felonías, de vicios torpes y bastardas ambiciones. Sería si, la historia de las noblezas espirituales, de los altruismos, del ideal, del holocuasto, del quijotismo, de las pasiones altas, del pensar profundo. El héroe de Carlyle, el hombre representativo de Emerson o el peregrino caballero de Cervantes le proporcionarían páginas eternas de luminoso relato. Pero ese milagro no repite con frecuencia la historia, sencillamente por que la historia no vive de milagros. Necesita del sofisma para vivir, de la pasión humana para atacar y para endiosar, de lo pequeño para engrandecerlo, de lo grande para empequeñecerlo, del error para proclamarlo, de la verdad para ofuscarla. Esa es la historia aquí y en todas partes, esa es la historia de ayer y será la de mañana. Demostrar la verdad pura, destacar, sin relieves de sofisma pasional el personaje o el acontecimiento, cuesta tanto trabajo como arrancar quilates de rico oro de una escoria despreciada y miserable.

La historia no es pródiga en repetir esos hombres de excepción y es por eso que ella se repite constantemente. Cristo crucificado y humilde, hombre medio humano y medio divino no tiene par. Napoleón, angel del exterminio, saliendo de la tempestad, apoderándose de ella y subyugando la Europa, no tiene par. Bolivar genial,

creando nacionalidades con su pensamiento y con su acción no tiene par. Si hubiesen tenido, si se hubiera levantado otro Cristo, otro Napoleón, otro Bolivar, las rutas de la humanidad actual no serían éstas que contemplamos y marcharíamos quién sabe cómo y quién sabe a dònde. Bolivar es pues único, sin exageración; como tiene cualidades superiores a un hombre no se parece a ningún hombre. El ciclo trascendental de su actuaciòn que es una maravilla de energía, de sorpresas, de idealismos, dura cerca de viente años, y él lo domina desde el principio hasta el fin, avasallor, sereno, impetuoso, único, porque donde está Bolivar, no está nadie, y si està alguién, no es para mandar sino para obedecer o para admirarlo, tal es la poderosa sugestión que ejerce, sugestión desprendida, como un perfume enervador de todo su continente fìsico, desde su mirada con extrañas pupilas atigradas de mando, de orgullo, de adivinación, hasta su palabra, persuasiva siempre, dominadora y rotunda en ocasiones "A veces—escribía su adversario, el General Santander—me acerco a Bolivar lleno de venganza y al sólo verlo y oirlo me he desarmado y salido lleno de admiración". Tenía la frente alta, ligeramente surcada de arrugas en fuerza de meditar enormes concepciones guerreras y polìticas; cuello enhiesto sosteniendo una hermosa y altanera cabeza de tribuno y conquistador. El cutis tostado al sol y las intemperies. La mirada luminosa que impresionaba, era el rasgo que daba vigor a su personalidad. Delgado, con vibrantes nervios acerados, nariz recta, algo larga como de esas medallas de bustos antiguos, armonizaba con la boca perfecta y un tanto voluntariosa como hecha para decir cosas superiores y cumplir lo que decía, Elegante, hombre de mundo, enemigo de huecos verbalismos, violento a ratos, tiene un altanero orgullo hijo de su obra y de su genio. El orgullo en el hombre superior, es tan natural, como el relámpago en la tempestad o la espuma en la ola encrespada de la mar, ese orgullo espontáneo, sin falsos alardes de teatro. Suyas son estas frases: "Los tres grandes majaderos de la historia hemos sido Jesucristo, Dn. Quijote y yo". "Yo—le gritó con una superioridad olímpica a Páez—Soy como el sol en medio de mis tenientes; si brillan es por la luz que les presto.

Tiene de la divina locura del Quijote dentro de la

recia envoltura de un imperator; sacuden su alma con igual solicitud la fe del caudillo y la del tribuno; y ambas fuerzas replegadas se ponen al servicio del pensador, del filósofo y del estadista. Y como para armonizar estas altas cualidades se agita también en su temperamento el entusiasmo del artista y del poeta "Lo atestiguan sus cartas, donde recorre el diapasón del afecto, desde la plácida amistad hasta la tristeza salomónica y sus proclamas fulgurantes de poesia épica". D'Annunzzio de aquella época, asi lírico, personal, innovador en su prosa de combate y de patria, por que en literatura, fue Bolivar al decir de Blanco Fombona, también un libertador, lo más alto en lengua de Castilla. Su estilo representa por lo novedoso original y fácil una reacción contra el viejo clasicismo representado en aquella época por Jovellanos y Quintana.

Estaba impregnado de arte como un verdadero artista. Su adolescencia la nutrió con estudios varios y profundos: los clásicos latinos, los enciclopedistas, todos los filósofos de su época. Alternó las lecturas con los viajes, adquiriendo con éstos el gusto a las cosas del arte, el culto a la belleza en el pensar y en el decir, el paradógico desprecio de los prejuicios. Su sensualismo y su nerviosidad, rasgos del criollo americano, estaban unidos a cierta inclinación byroniana, al romanticismo sentimental. La muerte de su esposa dejó en su alma una amargura indisimulable, un profundo desencanto. Después de ella no supo amar sino a la gloria. Hasta en amor, donde todos los hombres se confunden, muestra la originalidad de su fuerza sensitiva. Joven, rodeado de riquezas, poderoso, no pudo amar sino a la que amó, como si en ella hubiese derrochado todos los tesoros de su gracia espiritual.

Estuvo en Europa en plena epopeya napoleónica. Napoleón desde que se coronó emperador jamás le llamó la atención.

Entra a la ciudad eterna, no como un César del imperio sino como un repúblico romano, y en el Aventino, sencillamente, ante su severo mentor Dn. Simón Rodriguez jura consagrar su vida a la libertad de su patria. Y desde aquel dia es un poseido de la libertad y un poseido del demonio de la guerra. Y desde aquel dia no vive sino para ellas de una manera extraordinaria, consagrán-

doles pensamiento, acción, deseo, voluntad y conciencia, es decir que, pensamiento, deseo, voluntad y conciencia, la vida toda, se reducen para él en libertad, y hace la guerra a muerte, así como se la juraron sus enemigos. Comprende que la labor es formidable; conoce el alma criolla con todos sus defectos; conoce la geografía americana en sus detalles inaccesibles; cuenta de antemano con la pobreza de los recursos; sabe que su obra despestará émulos entre los propios a quienes va a libertar. Presiente la anarquía despuès de la libertad, el multiplicarse de las ambiciones y la desorientación de las patrias nuevas. Sabe que hay que volver a luchar para organizar Y comprendiendo el cúmulo de obstáculos, las montañas morales y materiales que había que vencer, se adelanta visionario y audaz, como si la idea de libertad hubiese sido involuntaria, espontánea, inconsciente, instintiva; como si hubiera sido parte para completar la armonía misteriosa de su temple de Quijote y de César. Esta comprensión puesta al servicio de su energía admirable y de su ideal explican los prodigios que hizo: se improvisa en general; como si le fuese dado crear, saca ejércitos de donde no hay; los anima con el soplo de su entusiasmo y armándolos con todas las armas, vence obstâculos geográficos recorriendo distancias que no ha recorrido ningún guerrero de la historia. Pelea no sólo con el bravo ejército español, sino con los suyos, porque los suyos en veces, a fuerza de traicción, de egoísmo, de envidia, son tan temibles como las mismas huestes españolas. Maestro insuperable de energía, multiplicándose en actividad se da tiempo para combatir con todos. Arenga a sus soldados en esas sus proclamas viriles y en su estilo de poeta y de guerrero, tan personal como todo lo suyo; suplica a sus amigos, como ocurriô en Cartagena; aplaca odios, y envidias que serían la anarquía de la causa sagrada; aconseja; discute; perdona; fusila; legisla; realza con su presencia las trama quebrantadas; cura los tejidos lacerados de su patria. A pesar de las adversidades en el campo de la acción, reivindica para su gran cabeza la corona de sus sueños y enciende en el corazón delos suyos la llama de la esperanza. Està en Colombia como en el Perú, en el valle como en las alturas, todo esto continuadamente, sin fatiga, durante veinte años.

Insuperable maestro de energía, las derrotas no le vencieron. Cada una de ellas le hacía arder más, le enseñaba un motivo más para vencer. Llevaba el gérmen de las libertades y al solo presentarse contaminaba libertad. El ardor guerrero lo dominaba de tal manera, que, cuentan los que le vieron actuar, que en las vísperas de la batalla o en la batalla misma, era cuando Bolívar gozaba de su mejor humor, trasuntado en la placidez de su sonrisa. Este afan en su obra le hizo a veces ser duro e implacable, pero no innoble.

Màs de una vez vió escapârsele la victoria después de haber desflorado cien victorias con la punta de su espada. Asì sucedió con la batalla de Semen ganada por Morillo al Libertador; el esfuerzo fué inùtil; vió avecinarse la derrota. Tieso sobre los estribos, con la esclavina en la mano, curvado a ratos sobre el crinal de su caballo, recorre la linea de batalla, lanzando imprecaciones, cálidas palabras de aliento, frases de victoria. Todo inútil. La derrota se avecina. Bolívar que en estos momentos sentia siempre un loco desprecio por su vida, coge el pabellón y lo arroja en medio de las fílas enemigas, hacia las cuales corre, gritando a sus soldados, que le siguieran a recuperarlo. Lo tomaron después de una carga impetuosa. Todo inútil. El enemigo era mayor en nùmero. Como esta vez, mil más, vió escapárseÌe la victoria, pero él recogía todos sus alientos, de la derrota sacaba energías y, fascinador y más temible que nunca volvía a la lucha. Insuperable maestro de energía, su vida toda, en ese ciclo agitado de 20 años no es sino un sentimiento impulsando una voluntad igual que un corazón alimentado por una fuerte esperanza.

Encontrarle al Libertador parentescos espirituales, es más labor de fantasía literaria que de verdad psicológica. Creo que un estricto parentesco espiritual no cabe con ningún otro hombre grande de la historia. Plutarco, a pesar de su agudo espíritu de observador y de su arte comprensivo de misterios y afinidades psicológicas, no le hubiera encontrado seguramente el estricto paralelo. A todos los sobrepasa, sino en todo, en algo, en ambición, en gloria, en ideal, en energía, en escenario, en poder caudillesco y tribunicio y sobre todo en gloria. Habrán puntos de contacto, similitudes parciales, pero no en el conjunto. Las estrellas se parecen al sol porque brillan, pero no en el tamaño ni en

la luz que irradian. Entre los americanos ninguno se le iguala. San Martín, Washington, Sucre, son grandes hombres, menos grandes que él no obstante sus virtudes superiores. César, Aníbal, Alejandro son admirables guerreros como él, pero nada más. . . Napoleón . . Aquí el símil se impone, pero con cuidadosa reserva. Temperamentalmente pueden darse la mano: tienen la genialidad guerrera, apasionan a sus soldados en el combate, hasta el heroísmo, sólo con el fulgor divino de sus miradas; multiplicándose en actividad y energía, en audacia y previsión, en milagros y milagros de batallas, vencen a la naturaleza, a todos los enemigos confabulados, a todos los obstáculos, hasta conseguir cada uno el ideal perseguido. Pero en cuanto al ideal perseguido, cuanta diferencia. Bolívar destruye para libertar. Napoleón destruye para esclavizar. Bolívar más amplio que Washington en esto, lucha para todos los pueblos de América. Napoleón no lucha para ningún pueblo .El uno odia la conquista como fín, el otro la practica como ideal. El uno da vida a los ciudadanos para hacerlos olvidar que han sido esclavos, el otro da vida a los esclavos para hacerles olvidar que han sido ciudadanos. La vanidad de Bolívar es enorme: quiere que le llamen Libertador; la vanidad de Napoleón es mas humana: quiere le llamen emperador. Y la vanidad pecado humano aun en las alturas del genio, guarda relación con el genio mismo. Sucede lo que con los mediocres: su vanidad es la suma exacta de su mediocridad, con esta enorme diferencia: el mediocre para satisfacer su vanidad, simula acalla su conciencia, adula, se reptiliza. El hombre superior empuja, avasalla ordena y se impone. Y finalmente, la obra de Bolívar perdura igual que si este genio multiforme hubiese trabajado en el bronce definitivo. De la obra de Napoleón no queda sino el recuerdo de sus campañas brillantes, del despotismo aristocrático bastardo, nacido de las ruinas mismas de la libertad. La Francia del emperador, cansada del hombre y del monarca, tuvo que volver su mirada a la obra humana que encarnó Bolívar. Bolívar en Francia fué la marsellesa yendo de la América: himno americano de libertad. Todos los oprimidos de Europa, todos los atormentados por los seculares despotismos, volvieron en esperanza los ojos a él, y muchos corrieron a ofrecerle sus brazos y pelear junto a él. Así se explica que todas esas legio-

nes de franceses, ingleses, irlandeses, hubiesen formado parte de sus ejércitos victoriosos.

Su genio tiene muchas facetas. A fuerza de tener muchas es complicado, La pluma absorta se detiene, y en cada faceta encuentra un acabado prodigio de originalidad, de colorido intenso, de luz rara. No es un simple producto superior del medio, es un milagro humano de la raza hispana, el brote maravilloso de una flor única en un bosque salvaje. No era otra cosa la América; incapaz de gobernarse, más apta para la esclavitud que para la libertad, no podía dar sino caudillos que la esclavicen. El mestizo adocenado, el indio tímido y analfabeto, los generales ejercitados en tantas luchas, a título de democracia no podían dar sino la anarquía como resultado lógico. Con su genio poderoso quizo, encadenando esas fuerzas, destruirlas, pero esas fuerzas, puestas al servicio de la canallería triunfante, de la ambición desmedida lo destruyeron a él Comprende los escollos insalvables, la baja levadura moral de las nacientes democracias, fruto hetereogéneo del africano y del indio, sus pecados mortales que los ha expiado y los sigue expiando «No hay buena fe en América—exclama—,ni entre los hombre, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones libros; la libertad anarquía; las elecciones combates; la vida un tormento» Maestro en política, como en todo, da admirables lecciones de cordura, de previsión, arrancadas no sólo a su genio vidente sino a la experiencia anarquizadora de la América. Las contradicciones de la vida americana le hacen exclamar: «Los que han servido a la revolución han arado en el mar».

Sus enemigos le han atribuido aspiraciones monárquicas; nada más lejos de la verdad. El Libertador, después de sus esfozadas campañas, después de haber puesto fin, con su acción, a la guerra emancipadora, se vió colocado frente a una situación difícil, más difícil que la misma guerra por la libertad: dar la forma de gobiernio a las incipientes nacionalidades. ¿Cual era la forma de gobierno que se imponía? Hay que referirse al hombre y a las circunstancias de la época para sacar la conclusión. Antes que el criterio documental que es favorable al Libertador, se impone el criterio psicológico en este problema.

Es una verdad trivial aquella de que el hombre con sus virtudes o defectos temperamentales y de educación se refleja en la vida pública. El individuo pri-

vado sigue al público como la sombra al cuerpo. Y esta verdad se acentúa aún más, tratándose de Bolívar, porque no ha habido otro hombre que como él haya ejercido una influencia más poderosa en un momento dado y en un escenario más vasto. Ahora bien, Bolívar hereda todas las tendencias aristocráticas de su pasado fastuoso. Toma de él, desde el gusto delicado y las elegancias refinadas que le hicieron enemigo de todo pleveyismo hasta cierto gesto despótico. Por su temperamento aristocrático es un príncipe criollo sin los defectos del criollo y más bien con los defectos de su alta estirpe. Orgulloso, rasgo distintivo de su carácter, desde niño, con sus cien mil francos de renta, no tuvo ocasión de inclinar la cabeza ante nadie. Y no inclinar la cabeza ante nadie es ya dominar las demás, es prepararse al mando. Rodeado de aduladores, halagado siempre en su vanidad por la inferioridad circundante, está acostumbrado a imponer su voluntad sin tolerar que esté otra por encima de la suya. Y no tolerar otra voluntad es lo mismo que subyugar todas las voluntades. Las huellas de su acción individual, esencialmente personalísima, las deja visibles por donde pasa, desde las tertulias personales donde le encantaba convencer, hasta la libertad de América que fué obra de su exaltada y poderosa acción individual. Agregad a esto su talento múltiple, el admirable armónico despliegue de todas sus facultades, el conocimiento exacto y cabal que tenía de la América, más preparada a la reyecía que a la república—aunque parezca paradógico—, su prestigio, no solamente en las repúblicas libertadas, sino en el mundo todo, y decid sino era lógico, humano, natural, que el hombre se sienta inclinado a la monarquía, como la forma de gobierno apropiada a su temperamento de orgulloso, de aristócrata, de dominador y déspota. Sumad todavía algo más: a raíz de sus triunfos en el Perú, llegó a ejercer una influencia decisiva en la América, fue el árbitro exclusivo de ella, a tal punto que su voluntad hubiese sido mano de hierro moldeando en masa de cera. Si él hubiese querido implantar la monarquía lo hubiese hecho con grandes facilidades. El ambiente mismo de la época le era favorable. La Corte de Napoleón insinuaba en ese ambiente las tendencias de un franco despotismo aristocrático. La revolución francesa ahogada después de sus idealismos, en increible paradoja, daba al mundo el espectáculo de las reyecías entronizadas. La Europa mu-

tilada, dividida en pequeños dominios había multiplicado sus reynos, desde Italia, Holanda, Alemania, con la confederación del Rhin, hasta la Alemania del Norte. La tradición conservadora de esa forma de gobierno, la Corte galante de Luis XVI y María Antonieta con sus improvisados marqueses de pelucas empolvadas viviendo de nuevo, las fiestas y etiqnetas de Fontainebleau, todo eso. llegaba a la América poniendo en sus cosas y en sus hombres un fuerte apego al conservantismo monárquico. Los hombres prestigiosos que rodeaban a Bolívar, no se si a fuerza de conservantismo o desorientación ante los grandes problemas surgidos después de la revolución, no fueron agenos a esa idea. Monarquistas fueron: Puyrredon, Belgrano, Rivadavia (el hombre duramente censurado por nuestro historiador René Moreno) San Martín, Alvear, O'Higgnis, Monteagudo, García del Río y muchos otros. Y fueron monarquistas, no con cabezas de leones, es decir que no abrigaron quiza el deseo de eregirse ellos mismos en reyes o emperadores: fueron monarquistas para ofrecerle la corona imperial a Bolívar. Toda la América era monarquista. Había luchado contra la esclavitud de un trono, pero no de todos los tronos. El largo dominio español había creado la psicología del criollo infundiéndole el alma mansa del conquistado; inmediatamente de la emancipación americana, esa psicología del criollo continuó la misma, ofreciéndose a un amo, porque era más apta para la reyecía que para la república, por eso también, y por gratitud, le ofreció la corona a Bolívar. Se la ofrecieron unánimemente en Caracas, Bogotá, Quito, Lima y Chuquisaca. Se la ofrecieron en Londres y París, las cortes de Jorge IV y Carlos X. El ambiente europeo le era propicio. La Santa Alianza con su espíritu opresor de toda tentativa de libertad le prestaba su protección, Y cuando se le brindaba el trono, no sólo desde afuera sino desde adentro, desde el corazón de la América, el soñador, a pesar de que su vanidad era humana la rechaza en un gesto enorme de grandeza y sinceridad. Y decid entonces si este hombre no es dos veces admirable: Primero, por haber creado la libertad, y Segundo, por haberla vuelto a crear. Dos veces creador de la libertad, raro destino que no ha tocado a ningún otro hombre de la historia.

En la constitución boliviana se ha creído encontrar confirmadas las ideas monarquistas del libertador. En

esa importante pieza sociológica y política, no se sabe qué admirar más, si su originalidad, o la ineficacia de los medios propuestos para poner atajo a la anarquía apesar de su originalidad. Como idea central de ella, fruto legítimo de las ideas de Bolívar, se encuentra el principio de la soberanía presidiendo de una manera limitada todos los o denes de la actividad civil. La libertad ilimitada no era para pueblos que no la habían manejado nunca; en sus manos era arma suicida que acabaría con la misma libertad y con esos hombres. La obsesión de Bolívar era el órden, la disciplna, y el orden y la disciplna no se crean sin destruir las causas productoras, como no se obtiene la flor sin romper el tallo que la sujeta. De ahí que en esa constitución, donde Bolívar vació sus últimas ideas sociales y políticas, seguramente con cierta amarga decepciòn del que comprende el mal y quiere curarlo, hubiese ideado la presidencia vitalicia y la Corte de censores con su poder moral. Hay en esas ideas, en todo ese mecanismo institucional el alma de la severa constitución inglesa dentro del control moral de una repùblica ateniense. De las ideas de esa constitución y de las causas de su fracazo ya lo dirán otros, por que hay mucho que decir. Quiero solamente puntualizar este concepto: en esa presidencia vitalicia no se puede encontrar la huella de esa su ambición. Dicta la constitución con la presidencia vitalicia, y en un rasgo de desprendimiento se elimîna él, generoso Producto de su ideal de libertades es esa forma de gobierno, freno que quizo poner a las ambiciones, cadena con que quizo sujetar la esclavitud de la libertad sin medida. "La libertad indefinida, la democracia absoluta son los escollos donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas, escribió el libertador". No fué emperador de la América por que no quizo, por que quien creó la libertad no podia matarla; esa es la única razón.

Muere este hombre enorme como el corso Napoleón, frente al mar, proscrito y amargado por la eterna canallería humana. Frente al mar, trasunto de su alma tempestuosa y bravía. El paisaje de su proscripción debió convertirse para él en un emblema. Debió encontrar una secreta afinidad entre el esfuerzo

de su vida y el difuso resplandor metálico del mar pensando lo que ya pensó y dijo; "Los que han servido a la revolución han arado en el mar".

Agosto 6 de 1924.

A. VILAR.



Concurso Histórico-Literario

La «Sociedad Geográfica Sucre».

Convoca a los escritores nacionales y a los extranjeros residentes en la República, a un Concurso Histórico—literario sobre los antecedentes, acción y consecuencias de la Batalla de Ayacucho, en homenaje al 1er. Centenario de ésta memorable acción bélica.

Condiciones del Concurso.

1ª. TEMA DE LAS COMPOSICIONES EN PROSA O VERSO.

La Batalla de Ayacucho.

2ª. PLAZO.

Los trabajos serán dirigidos a la Secretaria de la "Sociedad Geográfico Sucre", hasta el 1º. de Noviembre próximo, día en que, cerrado el Concurso, se publicará la nómina de los trabajos presentados.

3ª EXTENSIÓN DE LOS TRABAJOS.

Estos se escribirán en idioma castellano, a máquina, y no abarcarán extensión mayor de cincuenta páginas.

4ª FORMA.

Los trabajos serán firmados con un pseudónimo, y acompañados de una tarjeta cón el nombre del autor, en sobre cerrado.

El rótulo del sobre de la tarjeta, será el pseudónimo.

Los trabajos así presentados al Concurso, se depositarán por la Secretaria de la Sociedad en una Notaría Pública, hasta el día en que se entreguen todos al Jury calificador.

5ª EL JURY.

Se compondrá de cinco miembros elegidos por la "Sociedad Geográfica", entre los más prestigiosos hombres de letras de la Capital, quienes nombrarán luego su Presidente y Secretario.

6ª PREMIOS.

El Jury calificará los dos mejóres trabajos en prosa y verso, que serán acreedores a una medalla de oro, respectivamente.

7ª En la sesión pùblica que tendrá lugar el 9 de Diciembre, 1er. Centenario de la memorable jornada de Ayacucho, se dará lectura al veredicto del Jury, a los trabajos premiados, y se hará la entrega de las medallas a los autores de aquellos.

Sucre, 1o. de Julio de 1924.

Ricardo Mujia
Presidente

Nicanor Mallo
Secretario

SOCIOS DE NÚMERO.

Araujo, José María
Arana, Ismael
Alvarez, René
Alvarado, Julio

Caballero, Benigno
Cartesegna, Domingo
Crespo, Víctor 2º

Gutiérrez, Carlos
Gehain, Adhemar
Groc, Luís
Gamarra, Daniel
Gantier, Joaquín

Harriague, Adrián

Iturricha, Agustín

Jáuregui R., Alfredo

Lurquín, Constant

Mujía, Ricardo
Molina, Luís
Mercado, Manuel
Mendoza, Jaime
Mallo, Nicanor
Mülder van de Graff, Lrzo.

Osorio, Ezequiel L.

Ortiz Pacheco, Nicolás

Paravicini, Anastasio
Prudencio, Juan F.,
Pórcel, Justo
Prudencio B., Ignacio
Peñarrieta, Cirilo M.
Pereira, Fenelón
Paréja, Gerardo

Querejazu, Julio C.

Rouma, Jorge
Reyes M., Benjamín
Raña, José L.
Rojas N., Mariano
Rivera, Román

Santiváñez, Moisés
Solares, Aniceto
Sandi, Zenón

Tufiño, Adolfo
Trigo R., Luís
Toro, Antonio R.
Torrico, Humberto

Vilar, Adolfo



